

# ‘Félix, castellano, sembrado de bravura’: la infancia en sonetos de Antonio Maté Rico

En esta obra el poeta decide regresar a su niñez

FEDERICO GONZÁLEZ RAMÍREZ

Uno de los juegos vitales de la infancia es descifrar los enigmas del tiempo anterior a nosotros. Y uno de los principales enigmas de mi infancia fue saber sobre aquel Félix, desaparecido. No del todo: Félix aparecía levemente en los encuentros familiares, cada vez que mi hermano y yo mismo, niños canarios, disfrutábamos de nuestros viajes de verano al Burgos de nuestro padre. De pronto, aparecía su nombre: Félix. Y se hablaba de él, con pocas palabras. Después, silencio.

Entonces Félix cobraba una enorme presencia. Sin lamento. Solo silencio. Y Félix aparecía, enseñándonos una de las formas dignas del dolor. Mi abuela Florencia miraba hacia el infinito, ahora sé que hacia el pasado, en aquella cocina humilde de la calle San José, en uno de los escasos momentos en que la vida le permitió rodearse de sus dos hijos: Federico y Félix, en homenaje al hermano desaparecido. Asesinado.

Antonio Maté Rico (Gumiel de Mercado, Burgos, 1932) es uno de los dos hijos de Félix, el hermano de mi abuela Florencia, tío de mi padre. Ha sido sacerdote en Vallarta de Bureba, en Zuñeda, en Miranda de Ebro, en Royuela de Ríofranco, y durante unos años en el Monasterio Cisterciense de San Pedro de Cardeña. En Madrid, donde reside ahora, dirigió el Instituto Internacional de Teología a Distancia. Y es poeta, un enorme poeta.

Cada Navidad, quienes han formado parte de su vínculo vital reciben una felicitación donde la María maternal cobra forma de poema. Una desbordante empatía hacia el semejante, sea quien sea, y la preocupación social, sintetizados en un dominio exquisito de la simbología cristiana, son tres de los ejes principales de su lírica (*Antonia eligió ser pobre, La palabra. Romance de las ocho cunas*, son algunas de sus obras). Ante todo, sobre todo, Antonio es hijo de Félix y María, de María y Félix.

En este momento “de infancia prolongada -más de ochenta y nueve-”, Antonio Maté ha decidido regresar a su infancia y por primera vez dirigir su sensibilidad lírica hacia sí mismo, en un precioso libro de poemas, *La memoria y el memorial. Sonetos de infancia* (Murcia, mayo de 2022), que es una pequeña joya editorial. A modo de caja en que se guardan los tesoros de la niñez, con un formato de libro pequeño y cuadrado de enorme elegancia, al cuidado de Desiderio Guerra, Antonio Maté ha macerado la entraña de los primeros años en forma de sonetos, quizá uno de los modos más fértiles de acotar en métrica y rima las experiencias más intensas de lo humano. Esa caja infantil de tesoros de Antonio, caja del tiempo, además de en la memoria, una vez abierta, permite adentrarse en las huellas de aquellos años, en el memorial. Y allí, por fin, encuentro a Félix. Por primera vez, el rostro, la mirada fija, de Félix Maté. El hermano de mi abuela, el tío al que orgullosamente

mi padre siempre se refería y nunca conoció, un Félix al que tanto se parece mi tío Félix, con el hoyuelo en la barbilla de los Maté, que tenía mi padre, que heredó mi hijo Eduardo. Unas páginas más adelante, el rostro de María, la madre, en sus años últimos, todavía con coraje para esbozar una media sonrisa.

Félix Maté, su vida arrancada, es la entraña de esa memoria y memorial (“*Castellano, igual que el Cid, Félix. Eras, / como la vid cargada de racimos, / exultante de vida. “Buen vecino”... / cual si, después de Adán, nadie más fuera*”).

Y la noche crucial en que la familia fue amputada y Félix desaparecido (“*¿Quién envió -anochecer cobarde -/ a títeres, de sombra disfrazados, / con la orden perversa pertrechados / de llevarse cautivo a vuestro padre*”). Una despedida que, ni siquiera, pudo darse a Irene, recién nacida, cuando Félix era llevado fuera de su casa y de la vida (“*-Ni me dejan subir a darle un beso / en la cuna-. Cól-mala tú de mimos: / de “madre y padre” harás, como ninguna*”). Y el inevitable por qué, pregunta eterna (“*¿Quién pudo hacer de acusador “listero”? / ¿Y cuáles los motivos, suficientes / para “apuntar” docenas de inocentes / con la pluma o fusil, a lo rastreador?*”). La inabarcable crueldad, que impide que el padre preso reciba siquiera el aseo solicitado, y que lacera como si fuera ayer (“*Quiere, un preso, “ir limpio hasta la muerte” / que galopa ciega. Pide la suerte / de “toalla y peine”, a su mujer.* /

EL AUTOR DE ESTE ARTÍCULO EXPLICA QUE ANTONIO MATÉ RICO (GUMIEL DE MERCADO, BURGOS, 1932) “ES UNO DE LOS DOS HIJOS DE FÉLIX, EL HERMANO DE MI ABUELA FLORENCIA, TÍO DE MI PADRE”. TAMBIÉN QUE “HA SIDO SACERDOTE EN VALLARTA DE BUREBA, EN ZUÑEDA, EN MIRANDA DE EBRO, EN ROYUELA DE RÍOFRANCO, Y DURANTE UNOS AÑOS EN EL MONASTERIO CISTERCIENSE DE SAN PEDRO DE CARDEÑA. EN MADRID, DONDE RESIDE AHORA, DIRIGIÓ EL INSTITUTO INTERNACIONAL DE TEOLOGÍA A DISTANCIA. Y ES POETA”.

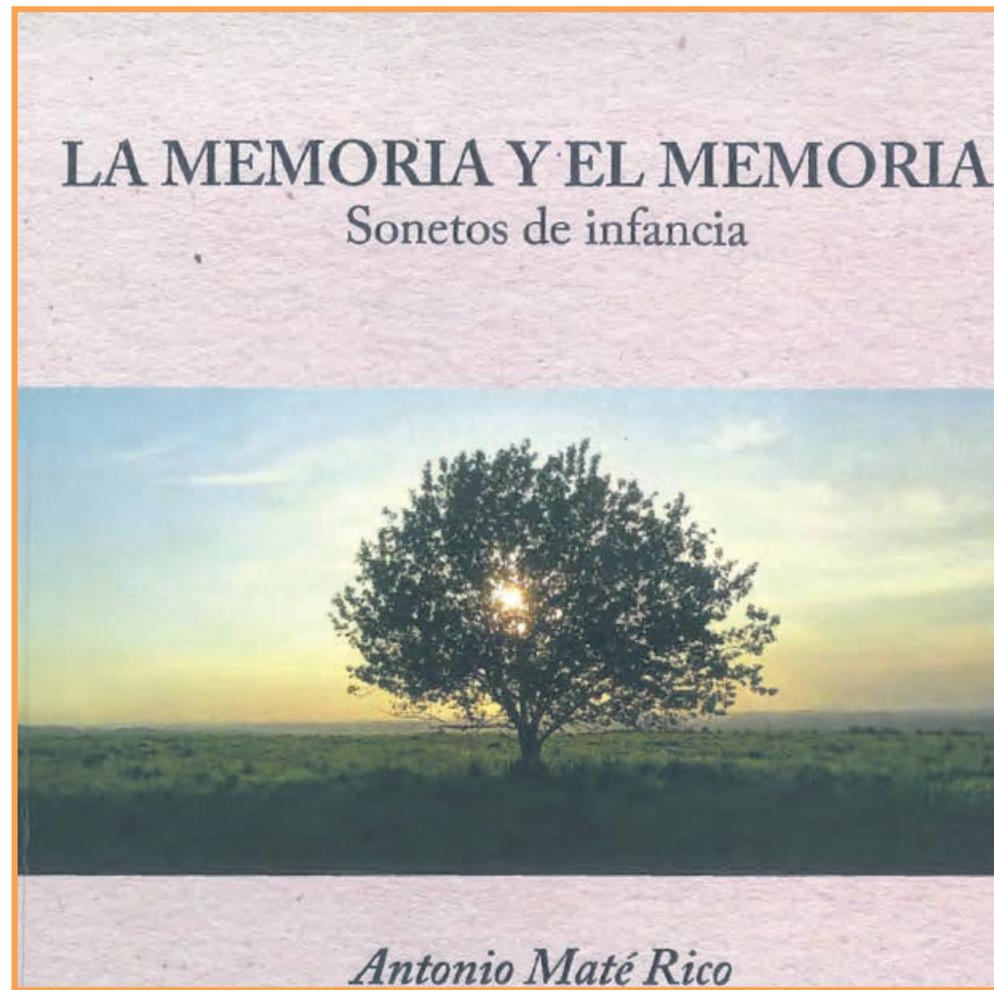
*Vuela el mensajero... ¡Y llega tarde! / Las prisas por fusilar “van que arden”. ¿Ochenta años ya... ¡Pasó un ayer!*”). Y, finalmente, el viaje oculto (“*El amigo observó cruzar el puente / al furgón siniestro. Contó, “los justos”, / once: de la más bella edad, robusto / su ser de jornaleros y tez ardiente*”) hacia cobardía y gallardía, frente a frente, en el instante infinito de los fusilamientos (“*Corriose, en un susurro reverente, / que al instante del “¡apunten!” - qué susto - / vibró la voz de un preso, con disgusto / del piquete: ¿Hay aquí algún agente... / con valor de enfrentarse cara a cara, / sin armas, en camisa, “a las claras”... / para medirse el pulso, “tú a tú”? / Muerta cayó la pregunta. Sin más. / Orden seca, de mando: “¡Fuego! ¡Ya!”*”).

Una cobardía que procura la ausencia eterna del padre, y de testigos (“*Nada se sabe de tu sepultura. / Ni dónde fuiste, padre, fusilado. / Se afirma que eras grupo, bien contado, / - once exactos de juventud madura*”).

La muerte sin cadáver de Félix Maté dejó una vida sin cadáver que seguir pugnando. Félix Maté era también María

Ana de Jesús (“*No acierto a decir Félix sin María*”), ‘María Grande’ (“una mujer, genial toda su vida. / Precoz inteligencia, sin medida / entregada a hacer el bien; como rosa / sanante...”), convertida a la fuerza en “Madre y Madre” (“*Dos madres a la vez eran la mía / la noche en que sin padre me dejaban... / La una me besaba, y me besaba. / La otra acariciaba y bendecía*”). En aquel lugar aún desconocido se fusiló también a la pareja (“*Dios, finalmente, al hombre lo creó / pareja. Cumplió así toda esperanza*”) feliz, fértil, pujante (“*Descubrí a los dos: Félix y María, / los dos profundamente enamorados. / Félix, él. María, bello primor*”) y a una familia (“*Érase una familia, en cuyo seno / - dejad que el niño haga de escribano - / fluía un vivir abierto, sano, / laborioso, de paz: amor sereno*”), conjurada en el portal de la despedida para su existencia perenne, pese a la muerte anunciada (“*La muerte no va a romper el proceso / feliz de amor tan fuerte: ¡Nos quisimos! / ¡Nos querremos! / Esta es nuestra fortuna!*”).

La infancia de Antonio Maté es la infancia de tantos



# Una oda a la enfermedad

El libro cuenta una historia de madres e hijas

VANESSA DÍEZ TARI

Una olla a presión. Gritar debajo de las aguas. Desanudar la garganta. Ahogarse en sueños. Ausente en la vigilia. Descubrir que se siguen los pasos. Se repite el pasado. Víctima y verdugo unidos en una. Somos nuestro peor demonio. La enfermedad se hace carne. Su voz ya te lo dijo. Sin querer escuchar las historias de cada mujer. El síntoma aúlla. Hipertensión. Descompensada. Nerviosa. Fuego en el hígado. Falta de libertad. Permitirte vivir. Saltar sin red. Déjate caer. Sin pensar. Tan solo sentir.

*Cuerpo vítreo* de Aurora Freijo Corbeira nos habla de una historia de madres e hijas. El nudo eterno. La enfermedad heredada. El dolor que traspasa el femenino. Todo se hereda. También la forma de vivir, sentir, sufrir y malvivir. A través de los ojos que no quieren ver. Dejar de sentir lo que tanto duele. Ese amor desnutrido por el otro al que no se puede renunciar y consume hasta las entrañas. Y Aurora Freijo nos va pasando de mano en mano entre el demasiado sentir de la hija, rota por un desamor, y la enfermedad y muerte de la madre. Ciega la madre. Ciega la hija. Los hombres les arrebataron las ganas de beber la vida. Todo duele demasiado. Silencios de desgarramiento eterno. No se comparten las miserias, pero se transmite esa rabia, esa mandíbula encajada, ese útero enfermo y ese llanto eterno que deja sin sueño a los ojos. No querer sufrir más. Cerrar la puerta. *Cuerpo vítreo*. Cuerpo hecho de vidrio. Dejar de sentir, ni lo bueno ni lo malo. Nada. Si me dejaste estancada en las aguas negras del martirio no



AURORA FREIJO CORBEIRA (MADRID, 1965) ES TRADUCTORA, EDITORA Y PROFESORA DE FILOSOFÍA. HA PUBLICADO EL LIBRO DE FILOSOFÍA PARA NIÑOS 'CUIDADO, SÓCRATES SE ACERCA' Y LOS ENSAYOS FILOSÓFICOS

'PERDIDOS PARA LA LITERATURA' Y 'TANTA LUZ. PASOLINI'. HA TRADUCIDO ENSAYOS DE TEODICEA DE G. W. LEIBNIZ Y EL SUEÑO DEL CENTAURO. CONVERSACIONES CON PIER PAOLO PASOLINI DE JEAN

DUFLOT, Y PARTICIPADO EN EL PROGRAMA PUERTA DE LA CULTURA, DE LA UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID, Y EN EL CICLO LOS LUNES, AL CÍRCULO, DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID.

quiero que nada me alcance. El goce hace mucho me abandonó. Solo me has dado tormento. Amor amargo. Fruto del hombre sin calor ni afecto. Vendrá a mi cada vez un hombre como tú. Que obtendrá de mí el calor que no contiene y me dejará vacía. Cada vez volverá tan solo a llevarse de mí parte de mi alma. Y cuando nada me quede, enferma y consumida. Me veré ante mi madre. Ambas sin ojos, consumidas, lejos de los hombres que nos

devoraron. Aullando de rabia y dolor. No. No quiero ver. Arráncame los ojos hija. Hija no puedo más. Te arranco los tuyos para evitarte mi calvario. Mi dolor me traspasa y consume. Madre te acompaña en tu vida y en tu muerte.

*Cuerpo vítreo*, de Aurora Freijo Corbeira, es una oda a la enfermedad. Madre e hija se abrazan en el dolor. Vida y muerte. No ver y ser vista. El amor insano y la vida de sufrimiento ■



hijos de las guerras. El padre desgarrado es la entraña de su cronos vital, en una infancia con dos espacios y tiempos cercanos pero distintos. La primera infancia, en la Villa de Gumiel de Mercado (1931-1937): La calle natal de Gallo, La Real, Valderenal, la Virgen de Santa María la Mayor, la iglesia de San Pedro, la casa de Dionisio en la tejera y el Arco de las Pradas, el doctor Federico en el parto..., en sonetos y un umbral de romancillos, en hexasílabos. Y el agradecimiento de la identidad, "gome llano uno más entre vosotros".

Y la segunda infancia, en el *Real Sitio de la Ventosilla* (1938-1945), "Real Sitio de Bendición", el refugio para toda la familia ("vengo aquí -peregrino- infancia mía"), y un inventario fértil de pagos y lugares: la posada hospedería, ahora Palacio; la poza, el afluyente Gromejón, el Mirón, el estancón, las fuentes y sus bautismos, los Robles, Valde layegua, La Mina, La Recoba, Salgüero, Prado Rey, Hoyo del Colmenar, Las Majadillas, el Pino Doncel. Y de humanidades: el agradecimiento a la hospitalidad de la familia propietaria de Joaquín Velasco y

María Fernández Nespral; Monereo; Cremades-Carceller; el maestro y pastor Aureliano González Avendaño y la escuela; y las familias de Ventosilla y sus hijos (Cayuela, Azcona, Bermejo, Mendive, Estefanía, Ramos i Olalquiaga; Monereo, Monzón, Madrigal, Cristóbal, González, Contreras, Quirce, Carrascal, Álvarez, Cabrera, Olalla) y los nombres propios de los amigos (Alfonso, Joaquín, Perico Gonzalo, Desi, Leoncio, Félix, Fernando).

*La memoria y el memorial. Sonetos de infancia* es un sutil ejercicio de equilibrio humano, de dolor macerado en fe, de enfrentamiento con la sinrazón, con las armas de la humanidad y la poesía. Y una crónica de los paisajes y rostros de Gumiel de Mercado y el Real Sitio de la Ventosilla, un rincón único, como tantos, en un tiempo extremo de la historia. Un registro íntimo de la oscuridad humana y su inherente renacimiento ("Aunque es de noche... ¡Ya no habrá noche!"). Antonio Maté Rico nunca firma sus textos, sus felicitaciones navideñas, sus cartas, con su propio nombre. Solo rubrica: Amar ■